

La piedad de la risa

The mercy of the laugh

Natalia Romé¹

Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA)

Resumen

El escrito se concentra en la problematización del ejercicio de lectura que es objeto de reflexión y práctica en algunos escritos de Emilio de Ípola. Con ese fin, se recorren trabajos de diferentes momentos de su trayectoria, inscriptos en diversos campos (filosofía, epistemología, análisis literario, sociología política), a partir de una pregunta por la lectura que dialoga de diversos modos con la teoría de la lectura sintomal propuesta por Louis Althusser. Sobre esa base se identifica el tratamiento singular del problema de la lectura que de Ípola despliega, en relación con su coyuntura histórica, orientado a hacer aparecer la politicidad inmanente a un texto, bajo la forma de una escritura polémica. Finalmente, se atiende al modo en el que su abordaje del problema de la lectura se trama en su escritura como estilo.

Palabras clave: emilio de ípola - lectura política – louis althusser - estructuralismo – imaginario

Abstract

The essay focuses on examining the problem of reading as a subject of reflection and practice in some of Emilio de Ípola's writings. For this purpose, I review works from different periods of his trajectory, belonging to various fields (philosophy, epistemology, literary analysis, political sociology), based on a question regarding reading that engages in different ways with the theory of symptomatic reading proposed by Louis Althusser.

¹ Doctora en Ciencias Sociales, Magister en Comunicación y Cultura y Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Profesora Titular Regular de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Profesora Adjunta en Facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Directora de la Maestría en Comunicación y Cultura de la Universidad de Buenos Aires. Co-coordinadora del *Programa de Estudios Críticos en Ideología, Técnica y Política* (PITPo) y Coordinadora del Grupo de Estudios sobre *Ideología, Imaginación y Discurso* del Instituto Gino Germani (idi-iigg.sociales.uba.ar). Profesora visitante en: Universidad de Milano-Bicocca, Italia; Universidad Católica del Maule, Chile; *College International de Philosophie*, Francia; Universidad Nacional de Campinas, Brasil. Entre sus últimas publicaciones se encuentra *For Theory. Althusser and the politics of time* (2021) y las obras colectivas *Análisis Materialista del Discurso Ideológico* (2025) y *Notas materialistas. Para un feminismo transindividual* (2021). romenatalia@yahoo.com

On this basis, the paper identifies the singular treatment of the problem of reading that de Ípola unfolds, in relation to his historical conjuncture, aimed at bringing to light the immanent political nature of a text, in the form of polemical writing. Finally, it examines the way in which his approach to the problem of reading is reflected in his writing as a style

Keywords: EMILIO DE ÍPOLA – POLITICAL READING – LOUIS ALTHUSSER -
STRUCTURALISM – IMAGINARY

Emilio de Ípola es uno de los más finos lectores del pensamiento de Louis Althusser. Lo es, entre otras cosas, porque no aceptaría bajo ninguna circunstancia ser caracterizado como una suerte de referente del althusserianismo. Tampoco sería justo caracterizar en esos términos una obra tan vasta y heterogénea que, en su singularidad, ni siquiera se parece a sí misma: por sus incursiones y despegues del marxismo, por su ethos sociológico y sus elaboraciones filosóficas, por la poética y la picaresca de su prosa. Pero hay un gesto althusseriano del que de Ípola no se libra ni siquiera cuando quiere deshacerse de la pesada herencia althusseriana, es el que anuda el problema de la lectura con la pregunta por la política.

No es lo único que hay de althusseriano en de Ípola, pero es algo que me interesa recuperar como brújula, en este tiempo en el que resulta tan difícil encontrar la política. Probablemente, no porque ella no exista de alguna forma, sino porque hemos dejado de leer *políticamente* y somos, entonces, incapaces de captarla, más que como testimonio de una pérdida.

Para desplegar un poco esta idea voy a revisar dos escritos breves, junto con un análisis de Eduardo Rinesi, titulado “La lección del maestro” (2025), en el que recupera la lectura que de Ípola hizo en 1988, de “La muerte y la brújula”, de Jorge Luis Borges (1974). El texto, titulado “El enigma del cuarto. Borges y la filosofía política” (1988)

salió en la edición número treinta y tres de la revista *Punto de Vista*, y provocó una posterior polémica con la psicoanalista Silvia Amigo (1990), y una última respuesta del propio de Ípola, en el número treinta y siete de la misma publicación.²

“El enigma del cuarto. Borges y la filosofía política” podría considerarse un texto crucial, entre otras cosas, porque deja ver las marcas de una mutación en la coyuntura teórica que tendrá consecuencias en el pensamiento y en el trabajo del mismo de Ípola, quien así lo explicita hacia el final del texto:

...he encarado el relato interrogándolo, entre otras cosas, acerca de sus axiomas o si se prefiere, de sus presuposiciones filosóficas (acerca, en particular, de la concepción de la existencia y la *praxis* humanas, de su alienación y/o su autonomía, de su carácter de “soporte”, o bien de su capacidad instituyente) (de Ípola, 1988, p. 12-13)

Esta breve frase alcanza para situar, no solo la cuestión filosófica que de Ípola lee en el cuento borgeano, sino los términos que organizan su espectro. Esos términos no son internos al cuento, vienen, por decirlo de algún modo, desde afuera. No un “afuera” de una realidad extradiscursiva, sino de un afuera “interdiscursivo” (Pêcheux, 2016, p. 144), más precisamente, una serie de discursos teóricos anudados en unas determinadas condiciones históricas. El modo en el que ese efecto de exterioridad se produce, atiende a estrategias que dejan marcas diferentes en la superficie del texto. Mientras que la *praxis* y la autonomía, la alienación y la capacidad instituyente aparecen mentadas como objetos extradiscursivos, adquiriendo una suerte de naturalidad referencial, o de universalidad ideal homogénea; la cuestión mentada como el carácter de “soporte” responde a lo que

² Las ediciones se encuentran digitalizadas y son de acceso abierto en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA). Disponible en: <https://ahira.com.ar/>

Authier Revuz denomina “heterogeneidad mostrada” (1978, p. 98). En este caso, lo que se muestra es el destinatario del debate: ese destinatario es Althusser. En una de sus tantas revisitas de la cuestión del sujeto, este subraya su condición de soporte o portador (*Träger*) de relaciones sociales, argumentado que:

...el falso problema del ‘papel del individuo en la historia’ es, sin embargo, el indicio de un verdadero problema que depende, indiscutiblemente, de la teoría de la historia: el problema del concepto de las formas de existencia históricas de la individualidad (Althusser, 2004, p. 122).

Esta cuestión conduce al problema del modo de producción:

El Capital nos da los principios necesarios para situar este problema, definiendo en el modo de producción capitalista, las diferentes formas de la individualidad requeridas y producidas por este modo de producción, según las funciones de las cuales, los individuos son los ‘portadores’ (*Träger*) en la división del trabajo, en los diferentes ‘niveles’ de la estructura (Althusser, 2004, p.122).

Este tipo de afirmaciones son las que toma en consideración de Ípola para proponer una de las dos tesis que despliega *El infinito adiós* (2007), donde subraya que es “el estructuralismo levistraussiano el horizonte con y contra el cual se debate el pensamiento althusseriano” (de Ípola, 2007, p. 54). Se trata de un juego que, a partir de destronar las dicotomías clásicas, tales como estructura/historia; necesidad/contingencia; esencia/fenómeno, desajusta desde su interior la alianza cerrada entre estructuralismo y marxismo que se suele atribuir al althusserismo. No obstante, para de Ípola, ese juego

encuentra un límite en la cuestión irresuelta del carácter irreductiblemente subjetivo de lo político que, siguiendo la lectura de Badiou, puede pensarse como “lo subjetivo sin sujeto” (de Ípola, 2007, p.206). De Ípola, a distancia de Badiou, optará por una solución a esta laguna en el pensamiento althusseriano, informada por la teoría de la acción colectiva, con base pragmática. Apoyándose en las reflexiones de Francisco Naishtat (2005) propondrá recuperar la doble performatividad que produce simultáneamente, al acontecimiento enunciativo y al sujeto de enunciación, en la decisión política o en la declaración común de intención. No voy a entrar aquí finamente en la cuestión, que bien merecería abrir un debate con el propio de Ípola, retomando otros estudios, como los de Michel Pêcheux (2016) sobre el “efecto-sujeto” o los de Balibar, sobre el individuo histórico como composición en la concurrencia de la acción, ambos apoyados en el materialismo spinoziano, cuyos fundamentos filosóficos resultan más compatibles que el continuismo ontológico que sustenta al pragmatismo. Lo que me interesa señalar es que, incluso en las lecturas más complejas sobre el pensamiento althusseriano que realiza de Ípola, sobrevive la tensión entre estructura y acción (política).

En “El enigma del cuarto”, escrito dieciocho años antes, esa tensión ya insiste. Rinesi emplaza esta insistencia en el ejercicio de lectura borgeana de Ípola, en el marco de la coyuntura teórica de los años ochenta. ¿Cuál es esa coyuntura? En otro escrito, de autoría conjunta con Andrés Tzeiman, esa coyuntura es caracterizada como la de una mutación semántica que trastoca los marcos de intelección de la política y la historia, marcada por la declinación de la conceptualidad marxista.³

³ Los autores prestan atención a las mutaciones del campo intelectual, básicamente, el de la teoría social y política, que hacen síntoma por ejemplo, en el derrotero de escritura de Juan Carlos Portantiero, entre 1973, cuando el sociólogo publicaba en *Pasado y Presente (nueva serie)* su artículo “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, y 1984, cuando junto a Emilio de Ipola, titulan “Crisis social y pacto democrático” al trabajo publicado en la revista *Punto de vista*. Se trata de una mutación que expone ausencias y novedades en el lenguaje teórico

A propósito de “El enigma del cuarto” (de Ípola, 1988), Rinesi dice que:

...la interpretación del cuento de Borges que propone de Ípola (...) hace sistema, como anticipábamos, con el espíritu más general que signa la transición desde la centralidad de la idea de estructura que apenas puede producir sujetos en la medida en que los sujeta a sus designios a la de la noción de unas “reglas de juego” que un sujeto libre, autónomo y autocreado elige, o no, hacer suyas. (...) De Ípola, en fin, en esos años de “transición a la democracia” en la Argentina, lee “La muerte y la brújula” para pensar las condiciones y los supuestos básicos de aquello que se trataba de reponer, de reinventar y al mismo tiempo de volver pensable en esos años: la política (Rinesi, 2025, 89).

Pero si, en el inicio del siglo veintiuno, la pregunta se centra en la acción no subjetiva pero instituyente, en los ochenta, lo instituyente recibe el nombre de imaginario radical y es por esa vía que retoma una pregunta por la autonomía, en la forma de una productividad *poiética*.⁴

y da cuenta de una profunda transformación en los modos con los que la teoría mira a la sociedad y con los que la sociedad se representa a sí misma, en la voz de sus intelectuales: “de las clases sociales al pacto democrático, lo que cambia es pues todo un modo de comprender las cosas (los actores, sus subjetividades y sus luchas, los conflictos y las instituciones, el pasado, el presente y el futuro)”. Los autores señalan una orientación general, al sugerir una relación entre la derrota de clase y una transformación en los regímenes de producción discursiva: “...lo que Portantiero ya no puede decir, ya no tiene –o ya ha elegido quedarse sin– las categorías conceptuales necesarias para decir en el texto de 1984, es que se ha producido una victoria de una clase social sobre otra u otras. Porque la dictadura significó (pero esto ya no se puede sostener ni pensar en el lenguaje de la politología del pacto democrático de los años ochenta) la imposición de un proyecto de clase para el conjunto de la sociedad sobre otro proyecto de clase que había sido ferozmente derrotado (Rinesi y Tzeiman, 2023:4). RINESI, Eduardo y Andrés TZEIMAN (eds.) (2023) *Los lentes de Victor Hugo*. vol. III. Bs. As. UNGS.

⁴ No voy a discutir en este trabajo la operación que Rinesi agrega en su propia operación de lectura al texto de de Ípola, al identificar la autonomía instituyente de la imaginación con la libertad del sujeto. Creo que ese deslizamiento semántico empuja la cuestión algo afuera de la franja en la que se mueve de Ípola, que va de la imaginación acontecimental como creatividad histórica a la pregunta por la acción colectiva como performatividad sin sujeto, en la primera década de los años dos mil. Esto ha sido subrayado por Germán Perez en su intervención durante el panel de homenaje a de Ípola realizado en el marco de las Jornadas de Ciencia Política (UNMDP) a 10 años

En una primera mirada podría decirse que aparece, a propósito de la lectura de Borges, un de Ípola que rechaza los excesos del marxismo estructuralista, organizado en torno del primado exclusivo de lo simbólico y del orden sobre la creación. Y lo hace para reivindicar una herencia diferente, aquella que se organiza en torno de la categoría de *imaginario* que, en este artículo, se refiere a Cornelius Castoriadis, pero es claro que convoca a un repertorio bastante más amplio. En él, dialogan Sartre, Merleau Ponty, Bachelard y Bergson. Un repertorio que pondríamos en el campo de las llamadas *filosofías del sentido* que a pesar de ser vago y heterogéneo, cobra la unicidad merecedora de un nombre por su demarcación con respecto a otras, que bien pueden identificarse como *filosofías del concepto*. Recordemos, al respecto, la célebre cartografía de Foucault, en “La vida, la experiencia y la ciencia” (2012):

Sin desconocer las fracturas que durante estos últimos años y desde el fin de la guerra, opusieron a marxistas y no marxistas, freudianos y no freudianos, especialistas de una disciplina y filósofos, universitarios y no universitarios, teóricos y políticos, me parece que podría encontrarse otra línea divisoria que atraviesa estas oposiciones. Se trata de la línea que separa una filosofía de la experiencia, el sentido y el sujeto, de una filosofía del saber, la racionalidad y el concepto (Foucault, 2012, p.252)

No hace falta decir que en relación con esa línea divisoria suele colocarse a Louis Althusser del lado de las filosofías del concepto. En general, a Lacan también. ¿Podría decirse entonces que, a fines de los 80, de Ípola ha saltado del otro lado de la grieta filosófica francesa? Esto se desprende con dudosa facilidad de algunos párrafos de “El

de la reapertura de la Carrera “La política en el ocaso de la representación”, Mar del Plata, Argentina. Marzo de 2026.

enigma del cuarto”. Por ejemplo, el siguiente, donde el lector ubica la noción de *imaginario radical*, como pivote de una controversia:

...en todos los dominios del hombre y por tanto también en el de lo social histórico, se trata de oponer a un enfoque pretendidamente científico que postula la existencia de leyes preestablecidas del funcionamiento o del devenir sociales (por ejemplo, el positivismo comptiano, el marxismo dogmático, el estructuralismo, en su versión más rigorista) una perspectiva que afirma al contrario, la capacidad y la posibilidad humanas de auto-creación y de institución de un campo histórico propio y de una organización social autónoma. Esa autonomía en acto es visible en las grandes creaciones históricas: la fundación de la democracia en Atenas, el surgimiento del capitalismo (...) las revoluciones americana y francesa (...). En esos grandes acontecimientos no se detecta la mano invisible de ningún determinismo ni el despliegue germinal de ninguna realidad preconstituida, sino -dentro de las condiciones dadas y haciéndose cargo de los límites impuestos por ellas- el inmenso potencial humano de invención y autoalteración, la inagotable fuente de innovación que abriga lo imaginario, allí donde se afirma como instancia instituyente (de Ípola, 1988, p.11).

Afortunadamente, Eduardo Rinesi evita el trazo grueso, ha leído *Althusser, el infinito adiós* (2007); sabe que el problema es más complejo y no puede leerse en términos de esa dicotomía que suele organizar otras igualmente gruesas, como la oposición entre estructura e historia, o entre determinación y libertad, u objetividad y contingencia.

En primer lugar y, en lo que concierne al estructuralismo (pues de Ípola no dejará de ser nunca profundamente estructuralista, incluso, mucho más estructuralista que el propio Althusser), alcanza con recordar, tal como sostiene Étienne Balibar -gran amigo de De Ípola- en el tremendo artículo titulado “*Estructuralismo ¿una destitución del*

sujeto?”(2007) que: el estructuralismo ha sido la aventura filosófica más audaz para pensar el problema del sujeto como límite impresentable inmanente a la estructura y como el bucle temporal de su tramitación. En palabras de Balibar,

...el movimiento típico del estructuralismo reside en una operación simultánea de *deconstrucción y reconstrucción del sujeto*, o de deconstrucción del sujeto como *arché* (causa, principio, origen) y de reconstrucción de la subjetividad como *efecto*, es decir de pasaje de la subjetividad constituyente a la subjetividad constituida (...) íntimamente emparentada a la idea de una *condición de imposibilidad de la experiencia* (o de una condición de la experiencia como “experiencia de lo imposible”) (...) como la cercanía de un límite, cuyo franqueamiento está siempre ya requerido permaneciendo de algún modo siempre irrepresentable (Balibar, 2007, p.164).

En segundo lugar y con respecto al pensamiento de Althusser, alcanza con subrayar que existe hoy un importante acuerdo, entre quienes estudian sus escritos, en identificar la continuidad entre la categoría de sobredeterminación y la de encuentro aleatorio⁵ y es en ese movimiento que se inscribe la última lectura de De Ípola (2007). En cualquier caso, Rinesi lo dice de otro modo, pero apunta a la misma cuestión. Podemos leerlo en su conclusión sobre el libro de De Ípola sobre Althusser:

⁵ Por mencionar solo algunos: Matheron, François (2005) “La recurrencia del vacío en Louis Althusser” en *Revista de Filosofía*, (34/35): 51-74.; Montag, Warren (2014) “El Althusser tardío: ¿materialismo del encuentro o filosofía de la nada?” *Décalages*, 1 (1): 1-19. doi: <http://scholar.oxy.edu/decalages/vol1/iss1/2>; Diefenbach, Katja ; Farris, Sara ; Kirn, Gal y Peter Thomas (eds.) *Encountering Althusser: Politics and Materialism in Contemporary Radical Thought*. Londres: Bloomsbury, pp. 61-74.

Pensando bien la cosa, quizás no haya habido, después de todo, un Althusser más marxista y estructuralista en ciertos textos y uno más posmarxista y pos-estructuralista, en otros, sino *dos tipos diferentes de lecturas de sus textos, en dos épocas distintas de la historia de esas lecturas* (...), de las que una inhibía y otra favorecía la posibilidad de descubrir en sus textos lo que en realidad nunca, desde el comienzo, había dejado de estar ahí: una preocupación por la contingencia de las cosas, por la apertura de la historia, por la libertad del sujeto. Es decir, por la política (Rinesi, 2025, p.86).

El énfasis que coloca Rinesi es justo, no solo porque acierta con respecto a la tesis vertebral del libro, sino porque capta un aspecto fundamental: la cuestión de la lectura. Subrayo la frase que encuentro central: ese libro deja expuestos “dos tipos diferentes de lectura de sus textos, en dos épocas distintas de la historia de esas lecturas” (*ibíd.*).

De aquí quiero extraer una segunda idea. Como ya he afirmado, entiendo que una marca althusseriana en el pensamiento de De Ípola, incluso allí donde no parece evidente, es la que anuda el problema de la lectura con la pregunta por la política. Ahora agrego que eso funciona como una relación entre una teoría de la lectura como *lectura sintomal* y una concepción de la política como *exterioridad inmanente* que disloca desde el interior la pretendida unidad de un texto.

La primera cuestión a subrayar aquí, entonces, es la de la lectura como problema o como objeto de reflexión, conmoviendo el acto mismo del leer. Esto quiere decir que la práctica de lectura conlleva un ejercicio doble o plegado sobre sí mismo, que, al leer, se pregunta ¿qué es leer?

Pues bien, de Ípola, leyendo a Borges se hace esa pregunta. Explicita su propia operación de lectura y la coloca en un lugar central en su reflexión. ¿Qué es leer? ¿Qué tipo de procedimientos involucra su modo de leer?

La operación consiste en evitar hacer del cuento una ilustración de una filosofía que le es anterior y mantiene con este una relación externa. En lugar de eso, lo que propone y, especialmente, *hace*, es leer en el cuento, los supuestos filosóficos que organizan la acción. De Ípola lee a Borges *filosóficamente*, exactamente, como Althusser confiesa haber leído a Marx, en el inicio del volumen *Para leer el Capital*: “Como no existe lectura inocente, digamos de cuál lectura somos culpables. Todos nosotros éramos filósofos. No hemos leído *El Capital* como economistas, historiadores o literatos.” (Althusser, 2004, 19). ¿Pero qué quiere decir leer filosóficamente? En el caso de la lectura del núcleo althusseriano, esto consiste en leer “*El Capital*, planteándole (...) la cuestión de su relación con su objeto, por lo tanto, simultáneamente, la cuestión de la especificidad de su objeto y la cuestión de la especificidad de su *relación* con ese objeto” (*ibíd.*)

El ejercicio de lectura de De Ípola también pone en escena la relación del discurso literario con su objeto filosófico, y esta operación reclama interrogar la especificidad de esa relación como relación inmanente al discurso literario y no como resultado de una imposición de un discurso teórico o filosófico exterior. En este sentido, de Ípola afirma haber intentado “excluir toda posición ‘ilustrativa’ del texto de Borges (...) interrogándolo, entre otras cosas, acerca de sus axiomas, o si prefiere, sus proposiciones filosóficas” a partir de reconocer lo que el texto del cuento “postula, a menudo, de manera largamente implícita, como fundamento y motor de la conducta” de sus personajes (de Ípola, 1988, 13).

Este fragmento se apoya en una comprensión fina del vínculo estético y poético entre filosofía y escritura que requiere una concepción política de la lectura. El texto no habla por sí solo, no ofrece un discurso manifiesto que en él se expresa, sino que ofrece su verdad al ejercicio activo de una lectura que no es ingenua ni neutral, porque se encuentra informada, condicionada por la coyuntura teórica -que deja marcas en el

registro polémico de escritura, tanto de De Ípola como de Althusser- que mantiene una inscripción sobredeterminada con la coyuntura (*a secas*).

La cuestión nos lleva sin forzamientos a recordar un texto anterior, donde de Ípola analiza una teoría de la lectura que se produce como problematización y como práctica doble que se problematiza a sí misma. En “Lectura y política (a propósito de Althusser)”, (1970) de Ípola recuerda que los análisis de *Lire le Capital* comienzan precisamente con una lección de lectura: “Plantear a toda lectura culpable, la pregunta misma que desenmascara su inocencia ¿Qué es leer?”; continúa más adelante y concluye: “Tal vez toda la novedad teórica de la empresa althusseriana (...) se juegue en última instancia en esa cuestión “banal” de la lectura. Quizás, también su vigencia política” (1970: 292).

Esta problematización de la práctica de lectura es denominada por Althusser, *lectura sintomal*. En este texto, que forma parte de un volumen publicado en 1970, junto con S. Karz, Badiou, Rancière y Poullion, de Ípola la contrapone con la hermenéutica. Contra lo que podría pensarse, el ingrediente político de la lectura sintomal consiste en rechazar la idea de una lectura interpretativa, capaz de reconstruir el arco temporal genético del sentido; la politicidad de la lectura también es irreductible a una idea relativista de “punto de vista”. La politicidad radica en la *conexión estructural de una práctica de lectura con su coyuntura*.

La lectura sintomal es una lectura que, cito a de Ípola, “trata a su objeto como una *formación textual*” (1970, p.302). Y “una formación textual debe ser considerada como un producto complejo de la articulación de dos (o más) escrituras” (*ibíd.*). Dos o más escrituras quiere decir, efecto de prácticas heterogéneas (ideológicas, teóricas, estéticas) tramadas de modo desigual y combinado.

Esto da cuenta de su inscripción en la coyuntura, a través de la articulación de elementos heterogéneos, por ejemplo, elementos teóricos con elementos ideológicos,

estéticos, etc. Así, por ejemplo, un texto teórico es: “el lugar de un conflicto que la lectura reaviva. Dicho de otro modo, un texto teórico, en la medida en que es actualizado por una lectura determinada, posee un tipo de existencia *coyuntural*” (de Ípola, 1970: 300).

Aquí llego a un punto que me interesa. Tanto en *El enigma del cuarto* (Borges y la filosofía política), como en *Lectura y política (a propósito de Althusser)*, de Ípola moviliza, es decir, *ejercita* de modo práctico la lectura sintomal althusseriana. Pero hay algo más, lo que se pone en escena en ese ejercicio, es una concepción específica de política: la política es aquello que un ejercicio singular de lectura, hace aparecer en una formación textual; es decir, en una trama tejida de elementos que son heterogéneos entre sí y que tienden relaciones de articulación diferencial y subordinada.

La política es efecto de la lectura de una formación textual, efecto de una práctica que la hace aparecer como límites internos o como lagunas, ausencias o inconsistencias, en la homogeneidad de su trama. Esas lagunas son, en la superficie de un texto, las marcas de su coyuntura; marcas que existen como articulación diferencial y jerárquica entre elementos diferentes (lo teórico y lo ideológico; lo literario y lo filosófico, etc.), pero son también marcas del encuentro entre tiempos, los tiempos de la escritura y de sus lecturas, como lectura de lecturas. Cabría abrir aquí un diálogo imaginario y anacrónico entre de Ípola lector, en 1970, con lo que Althusser terminaría de escribir años después sobre la politicidad de la escritura de Maquiavelo, justamente, como encuentro de tiempos.

Hoy, quien abre *El Príncipe* y los *Discursos*, estos textos que tienen ya trescientos cincuenta años de edad, se encuentra como atrapado por lo que Freud denominaba una extraña familiaridad, *Unheimlichkeit*. Sin que sepamos por qué estos textos antiguos nos interpelan como si fueran de nuestro tiempo, y nos atrapan como si hubieran sido, en

cierta forma, escritos para nosotros y para decirnos algo que nos toca directamente, sin que sepamos exactamente por qué (Althusser, 2015, p.335).

La política es dislocación de tiempos inmanente al discurso y es, por ello, *oportunidad* y efecto de la controversia entre lecturas, sean estas las de un texto teórico, como los escritos de Marx que lee Althusser, un “manifiesto político” como dice Gramsci de Maquiavelo o un texto literario como el cuento de Borges. Aparece en las ausencias activas del texto, esas ausencias que una operación singular de lectura puede hacer aparecer, dejando expuesta su condición de formación textual; es decir, el carácter del texto como coyuntura: como relación de fuerzas en tensión. La política aparece, en definitiva, como *causa ausente* en los textos teóricos, filosóficos o literarios ¿hace falta recordar la genealogía althusseriana de esta forma de causalidad?⁶

Solo para mencionar alguna fuente, voy a decir que en *Sobre Marx y Brecht*, Althusser dice que la condición materialista de la filosofía de uno y de la dramaturgia del otro, coinciden justamente en sus modos prácticos de hacer aparecer la política como su causa allí donde esta es estructuralmente negada por la forma misma de sus dispositivos.

La gran lección de Marx y Brecht es que hay que desplazar el punto de vista general a partir del cual son consideradas todas las cuestiones de la filosofía y el teatro. Hay que abandonar el punto de vista de la interpretación especulativa del mundo (filosofía) o del goce estético culinario (teatro) y desplazarse, para ocupar otro lugar que es básicamente el de la política. He dicho hace un momento que en la filosofía y en el teatro es la política la que habla, pero que en general su voz es tapada (Althusser, 2023, 110-111).

⁶ Para un acercamiento introductorio a la noción de causalidad estructural y sus declinaciones semánticas, en Althusser: Vittorio Morfino, “The concept of structural causality in Althusser”, *Crisis and Critique*, 2:2. 2015.

El teatro materialista de Brecht, como la filosofía materialista de Marx, no existen como sistemas (un sistema filosófico o una teoría general sobre el teatro) sino que existen como prácticas de desplazamiento inmanentes a la filosofía o al teatro, capaces de operar en el interior de su trama discursiva, desplazamientos que hagan aparecer su *décalage* constitutivo.

En cuanto a la práctica materialista de la lectura, que Althusser llama *lectura sintomal*, ella también opera un distanciamiento práctico en la inmanencia del texto, que hace aparecer la política, en la trama controversial de las lecturas. Así también el cuento *La muerte y la brújula*, se vuelve en la lectura de De Ípola, el terreno de un combate de lecturas, en este caso, la batalla es contra Lacan, encarnado en la interpretación de María Luisa Bastos. Los blancos de ataque son dos. El primero relativo al objeto filosófico del texto: allí donde la lectura lacaniana pone el foco en el primado de lo simbólico, es decir, del orden estructurante que determina las coordenadas de la acción; la lectura de De Ípola reconoce como objeto del cuento la imaginación radical que aparece como un desborde, un más allá de lo simbólico y de la ley. Pero esto se produce bajo condición de dos prácticas diferentes de lectura, cada una de las cuales opera una relación específica del discurso con su objeto. Si la lectura lacaniana hace del cuento una ilustración de sus postulados y mantiene entonces una relación de exterioridad y aplicación con el cuento, la lectura que de Ípola ejercita, lo interroga para hacer aparecer la trama filosófica que actúa en él de modo inmanente al decurso de la acción. En ese doble ejercicio polémico puede leerse la politicidad del texto como materia de la lectura.

“La muerte y la brújula” es un campo de fuerzas en el que las lecturas que intervienen se encuentran sobredeterminadas por las posiciones en una coyuntura que excede al terreno texto, una coyuntura teórica que es el cifrado de la historia -sus victorias

y sus derrotas en el campo intelectual. Esto quiere decir que la lectura es política cuando hace saltar su carácter de toma de posición en una coyuntura, mostrando su consistencia trabada por relaciones de fuerza y destotalizando su aparente y homogénea totalidad imaginaria.

En la batalla de las lecturas, en la que de Ípola parece asumir la posición de un filósofo del sentido, el contrincante nominal es el psicoanálisis lacaniano, no tanto en sí mismo, como en los excesos formalistas o deterministas que, movilizándolo sus resortes conceptuales, como clave de análisis, liquidan el espacio intersticial, el margen singular de la imaginación. De Ípola lo dice así:

En lugar de la tríada lacaniana y su lógica del cuarto excluido, (...) un suplemento de cuadrado ineliminable, abre (en el cuento) el camino a la emergencia de una dimensión colectiva, particularmente perceptible en el campo de las miradas, más precisamente, en la posibilidad siempre abierta de ‘una mirada + 1’, a nivel de las lecturas de las que es susceptible el texto... (de Ípola, 1988, 14).

Lo pongo de este modo: lo que se encuentra en disputa en la controversia de las interpretaciones es lo imaginario, o mejor, la *imaginación*. Contra la preeminencia de lo imaginario como desconocimiento o identificación especular, de Ípola lee en Borges, un acercamiento a la imaginación radical, una instancia que desborda la terceridad lacaniana de lo imaginario, lo simbólico y lo real, para colocar un cuarto registro, la *imaginación radical*, que se recupera de Castoriadis; pero que, en la lectura concreta del texto de Borges, parece adquirir una consideración metafísica *-more geometrico-* podríamos decir, como se desprende de otro fragmento del texto:

El tercero no es más que uno entre muchos: la emergencia del cuarto elemento marca, como anticipamos, la apertura a otra dimensión, donde las cosas se plantean de otro modo, o si se quiere se plantean spinozianamente, según el modo del ser de “otro modo de ser”: una dimensión colectiva, un modo social, histórico y político (de Ípola, 1988, 11)

La relación entre imaginación y política convoca una cuarta dimensión -más allá y más acá de la Ley simbólica. Lo imaginario, ligado a la contingencia no es, aquí, tanto la falla de lo simbólico, sino una instancia previa, *mitopoiética*, podríamos decir, sobre la que se funda la posibilidad de la elección singular como un desajuste del orden de determinaciones, es decir, de la política. Esa dimensión es inaccesible al formalismo estructuralista que, en esta interpretación de De Ípola, es atribuida a las lecturas lacanianas del cuento de Borges, porque en ellas se parte de una concepción estrecha de lo imaginario como identificación y como juego especular, desconocimiento sostenido por la Ley de padre.

Contra ese esquema triádico, la figura del rombo (que cabe señalar, es también una figura lacaniana), juega un papel central en la acción del cuento borgiano: permite regresar sobre la imaginación para hacer aparecer en ella, su conexión con la *política*.

Lo que me interesa subrayar es que esta lógica política aparece en una lectura situada en una coyuntura específica, de Ípola la explicita al final de su texto. Los supuestos filosóficos que se subtienden al relato y la textura de “La muerte y la brújula”, se sintetizan en el modo de entender lo imaginario, como “la primacía de la *poiesis* sobre la mera repetición y el mero mimetismo” (de Ípola, 1988, 14). Estos supuestos no son privativos de un personaje del cuento, “son los mismos que están en la base de la *praxis* política y en la concepción moderna de dicha *praxis*” (*ibid.*).

En efecto, si en algo innova la filosofía política actual, a partir sobre todo de la segunda mitad del siglo XX, es en haber compatibilizado su teoría con su práctica (...) más allá de toda garantía, más allá aún de las condiciones objetivas, hay en el actuar político un indispensable coeficiente de apertura y de apuesta, sin el cual lisa y llanamente carecería de sentido (de Ípola, 1988, p. 14)

El eco de estas palabras queda resonando como una invitación y una arenga. Si siguiéramos el procedimiento de lectura sintomal que encontramos actuando en de Ípola ¿qué veríamos aparecer en el cuento de Borges, hoy?, ¿qué preguntas no formuladas pueden hacerse aparecer en el contraluz de nuestra coyuntura?, ¿en el marco de qué controversias estamos llamados a ejercerlas?

Para ubicar una posible orientación, podríamos partir de lo que, en la propia lectura de De Ípola se cierra sin desplegar, mientras que se anuda imaginación con creatividad. De un modo menos explícito, pero claramente actuante, lo imaginario es leído en “La muerte y brújula” como juego del uno y el doble, porque en el cuento se comete un *suicidio* que tiene *dos autores* y la acción es desplegada *por dos actores que ocupan la misma mirada* en el guion; es decir, tienen el mismo campo de visión, el mismo punto de mira. Se abre, allí, una pregunta por la metafísica borgeana que nos recuerda la fascinación de Borges por la idea del doble que aparece en un texto, que es político, porque no lo es. Me refiero a *La eternidad a través de los astros* de Auguste-Blanqui (2000). En ese libro, un Blanqui preso y derrotado, mira al cielo e imagina un universo en el que existen infinitos dobles para cada hombre, seres que viven las mismas vidas, pero duplicadas en puntos lejanos, algo así como un multiverso en el que la revolución es metafísicamente, siempre posible. Y la política se abre paso como desajuste estético en

la ficción de la realidad. Pues bien, Borges lee ahí una de las más logradas tesis sobre la circularidad del tiempo (Borges, 1974).

Claro, lo imaginario no es ahí creatividad garantizada en la forma de un acontecimiento político, sino más bien, la fibra ambivalente de la política, su consistencia fantasmática, y en ella, no se distinguen simulacro y conspiración, unidad y dislocación, razón y mito, utopía y alienación. Entre la imaginación como disponibilidad y apertura y la política como acontecimiento, sigue mediando un enigma que no corresponde a la filosofía responder. Tampoco a la literatura.

A modo de conclusión. *Adenda* para un agradecimiento

La singularidad estilística de un pensamiento concierne al problema del sujeto atrapado por el lenguaje (Arrivé, 2007, p. 191). Como he procurado subrayar en las páginas precedentes, ni el lenguaje como objeto de reflexión, ni la cuestión literaria entendida como compromiso ético con la lectura y estético con la escritura, son ajenos a la teoría social, filosófica y política de Emilio de Ípola. Ni el lenguaje, ni la literatura, ni la risa. *Poiesis* y *lapsus* son las vértebras de una hondura tal del pensar que es capaz de incluir en el ejercicio mismo, un juego en la materia significativa y libidinal del lenguaje. No una re-flexión sino un juego, en el sentido del movimiento de un gozne en una maquinaria. A ese estilo escritural (que es en sí mismo un ejercicio de lectura) quisiera, entonces, dedicar el humilde homenaje de unas notas finales algo caprichosas y en absoluto exhaustivas, pero espero que justas, orientadas a captar su excepcional singularidad.

El primer rasgo de estilo es efecto de un modo del pensar requerido por las circunstancias. Es el modo de un *tránsito*, que no es tanto un tránsito entre disciplinas -la sociología, la ciencia política... como quien cruza un pasillo y entra en otra oficina- sino,

en todo caso, un tránsito entre *problemáticas*. La noción de problemática⁷ convoca a una concepción no subjetiva del conocimiento, según la cual una teoría no apunta a aquello que alguien conoce, ni siquiera a lo que produce, sino a un cierto dispositivo o mecanismo; en definitiva, a un modo de producción de conocimientos. Una problemática teórica supone una *totalidad-articulada-de-pensamiento*, una unidad que, en términos de su conceptualidad, es concebida como un sistema de relaciones teóricas. En definitiva, un cuerpo que es también *Gliederung*: organización y efecto de unidad, porque resulta de una articulación que sostiene el orden regulado de aparición y desaparición de las categorías pensadas. Como tal, una problemática supone determinados criterios de validez teórica, ciertas estructuras de teoriedad y ciertas formas de apodicticidad. Sin embargo, es resultado de un proceso histórico, combinación singular, antes que combinatoria formal. Por lo tanto, problemática es el nombre de un cuerpo de pensamiento tramado en la cifra de una coyuntura; es decir, de una heterogeneidad de prácticas teóricas y no teóricas, de conceptos y de imágenes; de problemas immanentes al desarrollo del pensamiento teórico y de preguntas que le vienen de afuera, preguntas políticas, morales, ideológicas y, por qué no, afectivas.

El trayecto de pensamiento -el desplazamiento entre problemáticas- al que me refiero es, en varios aspectos, un movimiento colectivo -en algún sentido revisionista- de un sector del pensamiento de izquierda y se vincula con la paulatina consolidación en la opinión pública y en el sentido común, de ciertas formas de concebir la crisis del marxismo; especialmente, la interrogación sobre los vínculos imaginables entre algunos de los supuestos teóricos del marxismo y las diversas experiencias históricas de fracaso político o, incluso, de tragedia.

⁷ A la que de Ípola dedica una cuidadosa atención en su estudio sobre Althusser (2007).

Hay mucho pensado, escrito, debatido sobre esta cuestión, no es eso lo que me interesa aquí, sino cierto modo singular de darse esa interrogación, que es parte de un proceso trágico, en la escritura de Emilio de Ípola. Y del modo en que se inscribe en ella, el deseo de dar cuenta, con los recursos de la teoría, de ese interrogante que es, sin dudas, extra-teórico o, en todo caso, más que teórico.

Me interesa señalar este movimiento que tensiona a la teoría marxista con otras perspectivas, por caso con la teoría sociológica de la acción colectiva, como en el cuarto capítulo de *Althusser, el infinito adiós* (2007) y en el quinto, titulado “La acción como ideología” de *Metáforas de la política* (2001). En términos generales, no coincido con las tesis que se presentan en esos desarrollos, pero puedo afirmar que lo que alcanzo a pensar con respecto a esos problemas, es enteramente deudor de ese modo singular de atravesar la lectura en transición. Hay en ella, un esfuerzo especialmente fecundo de asumir con exigencia la teoría, enfrentando sus lagunas, sus puntos ciegos. Se trata, allí, de pensar la teoría política que el marxismo se debe, pensarla más allá de Marx, a pesar de Marx, sin abandonarlo definitivamente.

Cuando Alain Badiou (2007) sostiene que para pensar la política es imprescindible ser sujeto inmanente a la crisis del marxismo, dice eso: ser sujeto es resistirse con todos los medios de los que uno sea capaz, a ser su objeto. Se trata del problema de qué hacer con la naturaleza irrenunciable de una herencia, la de una tradición teórica, y la de unas memorias políticas.

Pues bien, hay una ética de la lectura y de la crítica teórica, que persisten como distancia interna, como espacio controversial, en la escritura de De Ípola. Su consistencia polémica se ofrece como espacio para ser habitado por otros, bajo el signo de la separación. De Ípola abandona el campo del althusserianismo, de un modo hondamente althusseriano y con ese gesto, nos enseña a abandonar sus propios argumentos,

aferrándonos a su método. Porque esa infidelidad no se ejercita solamente contra las clausuras de una tradición, se empuña también contra las falsas novedades, con los descubrimientos adulterados. Como ineludible sospecha frente a las modas teóricas, los vicios lenguajeros que imponen imágenes de novedad enegrecedora para olvidar los problemas ya formulados.⁸

Ese estilo de De Ípola coincide con un legado práctico, un modo implacable, astuto y fino de ejercitar el pensamiento. Los resumo en cuatro axiomas caprichosos que hubieran suscitado todo tipo de ironías en el susodicho.

Leer es abismarse en el silencio teórico, en las lagunas de la tradición, pedalear en el vacío que muchas veces supone un riesgo de soledad.

Leer es ir a destiempo, contra las tendencias, contra las gramáticas institucionales, contra las muecas de tribu y la cristalización de la jerga; existe allí, siempre, el riesgo de ser mal comprendido, tomado por otra cosa.

Leer es formular las preguntas incómodas, defender lo indefendible, rescatar lo perimido.

Leer es tender una relación amorosa con la escritura, un cuidado de la palabra, de su espesor metafórico y libidinal, de la ironía y del humor.

En definitiva, para leer hay que haber aprendido a no tomarse con desmesurada solemnidad a uno mismo. Y esa es, precisamente, una cosa seria; una batalla contra la banalidad, la estupidez, la pereza del pensamiento, el *rictus* estéril de todas las formas de burocracia y patetismo del poder. Ese legado práctico lo agradecemos quienes hemos

⁸ Es el caso de su lectura del vínculo entre estructuralismo y post-estructuralismo que, prescindiendo de la imaginería de la jerga, lee el problema del “término a doble función” en Lévi Strauss y manda a guardar la presunta originalidad del post-estructuralismo, como ruptura o como superación. Precisa lección de lectura, que es también, lección de política.

leído sus libros y asistido a sus clases, porque es oportunidad de un espacio de libertad incalculable.⁹

No se habla del estilo de Emilio de Ípola, si al hablar de una ética se confunde ésta con una ceremoniosa impostura. Nada de eso, el rigor de la lectura implacable existe en su estilo como *piedad*. La *piedad* de la risa. La capacidad de mostrarnos la condición mundana, absurda del semblante académico, de sus dialectos presuntuosos, de la pedantería de la distinción y la estulticia de los regímenes institucionales de la palabra. Un estilo que no cesa de concitar el juego del equívoco que, como dice Lacan, es arma única contra el síntoma (2012), invita a la risa agradecida y catártica, que libera de las vanidades que disciplinan el pensamiento. La que dispensa de la retórica empalagosa y de los balbuceos pseudocientíficos que no tienen nada para decir, la risa del genio generoso que nos alberga con *piedad* y nos enseña a reírnos del sinsentido de nuestra finitud.

Pietas y generositas, dice Spinoza, convergen en *honestas*: el deseo por el cual se siente obligado el hombre que vive según la justa razón, a unirse en amistad a los demás (Tatián, 2008, p. 455). Gracias, Emilio, por la *piedad* de la risa, inteligente, finísima. Gracias y menos mal.

Referencias

Althusser, L. (2015). *La soledad de Maquiavelo*. Madrid, Akal.

Althusser, L. (2023). “Sobre Brecht y Marx” En, Fielbaum, A. & Montenegro, V. *Los fines de la identificación. Althusser y el teatro*. Santiago, Palinodia-La Cebra.

⁹ De esa libertad puedo dar testimonio, porque en muchos casos, de sus palabras me encuentro extrayendo conclusiones contrarias; porque puedo seguirlo hasta la filigrana con la que dibuja los problemas y tomar luego un rumbo diferente, incluso opuesto. Porque hay en ese ejercicio de la lectura un rigor, una aspiración a lo verdadero, a lo justo.

- Amigo, S. (1990). “Una vuelta sobre el enigma del cuarto”, en *Punto de Vista* Nº 37, Buenos Aires, julio, pp. 29-33.
- Arrivé, M. (2007). “Lacan, sobre el estilo: El estilo de Lacan”. *TRAMAS. Subjetividad Y Procesos Sociales*, (8), 191–210. Recuperado en <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/154>
- Authier-Revuz, J. (1978). “Hétérogénéité (s)énonciative(s)”. *Langage*, 73, 98-111.
- Badiou, A. (2007). *¿Se puede pensar la política?* Buenos Aires, Nueva Visión.
- Balibar, É. (2007). “Estructuralismo ¿Una destitución del sujeto?” *Instantes y Azares: Escrituras Nietzscheanas*, 4-5, 2007, 155-172.
- Blanqui, L-A. (2000). *La eternidad a través de los astros. Hipótesis astronómica*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Borges, J. L. (1974). *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé.
- De Ípola, E. (2007). *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- De Ípola, E. (1988). “El enigma del cuarto (Borges y la filosofía política)”, *Punto de Vista*, 33, 8-14.
- De Ípola, E. (1970). “Lectura y Política” En, Karz, S. et al. *Lectura de Althusser* Buenos Aires, Galerna, 289-318.
- De Ípola, E. (2001). *Metáforas de la política*. Rosario, Homo Sapiens.
- Diefenbach, K; Farris, S.; Kim, G. & Thomas (eds.), P. *Encountering Althusser: Politics and Materialism in Contemporary Radical Thought*. Londres, Bloomsbury.
- Foucault, M. (2012). “La vida: la experiencia y la ciencia” En, *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lacan, J. (2012). “El Atolondradicho”, en *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, or. 1972.
- Naishtat, F. (2005). *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva: Una perspectiva pragmática*, Buenos Aires, Prometeo libros.

- Matheron, F. (2005). “La recurrencia del vacío en Louis Althusser” en *Revista de Filosofía*, 34/35, 51-74.
- Montag, W. (2014). “El Althusser tardío: ¿materialismo del encuentro o filosofía de la nada?” *Décalages*, 1 (1), 1-19. doi: <http://scholar.oxy.edu/decalages/vol1/iss1/2>;
- Morfinó, V. (2015). “The concept of structural causality in Althusser”, *Crisis and Critique*, 2:2.
- Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires, CCC Ediciones.
- Rinesi, E. (2005). “La lección del maestro”, *Wirapuru* 12, 82-95.
- Rinesi, E. & Tzeiman, A. (eds.) (2023). *Los lentes de Victor Hugo*. vol. III. Bs.As. UNGS.
- Tatián, D. (2008). “Ontología de la generosidad”, en Diego Tatián (comp.), *Spinoza. Cuarto coloquio*, Córdoba, Brujas, 455-467.